

dos, que fueron el padre Fr. Domingo Orbigoso (ú Orbegoso), del órden de S. Agustin, y D. Francisco de Baytos, capitan de guerra de la nao. D. Antonio de Herrera, que era el otro, á pesar de todo el cuidado con que se le procuró asistir, murió de un nuevo accidente que le sobrevino á pocos dias, y fué enterrado con la mayor solemnidad que permitia aquel desierto, en la iglesia de la mision. A los dos convallecidos procuró el mismo padre barco en que pasasen á la Paz, y de allí á Matanchel, dejándolos no menos admirados de su caridad que de su apostólico desinterés, principalmente en no haber querido admitir para sí, para su mision ó sus indios lo mas mínimo de los bienes del difunto, que hizo se entregasen luego por un muy prolijo inventario que habia formado delante de los demas desembarcados. El reverendo Orbigoso quedó tan edificado de toda la conducta del misionero, que quiso formar y formó un muy honorífico testimonio de todo, firmándolo de su mano para memoria de su agradecimiento, en 24 de febrero de 1734.

Con tan virtuosas obras se preparaba el padre Tamaral para el glorioso fin que le destinaba el cielo. Poco tiempo despues de esta novedad que entretuvo algunos dias la grosera curiosidad de los indios, volvieron los dos perversos gefes de las turbaciones pasadas á conmoverse é inquietarse para otras mas ruidosas. Comenzaron por unas rancherías situadas entre las dos misiones de Santa Rosa y S. José, en que los mas eran gentiles aun. Al nombre de *libertad y exencion* de toda autoridad con que los persuadian, se fueron agregando insensiblemente al partido muchos nuevos cristianos que entre tanto no dejaban de vivir en la mision, y asistir á la doctrina para no causar la mas leve sospecha á los padres. Hallábanse estos repartidos en las cuatro misiones del Sur, sin mas escolta que tres soldados en Santa Rosa por ser la mas nueva, dos mestizos con nombre de soldados en Santiago, uno en la Paz y ninguno en S. José. Aun de estos pocos procuraron deshacerse con doblez y alevosía los cobardes indios antes de acometer á los misioneros. Hallando solo en el monte á uno de los que acompañaban en Santa Rosa al padre Taraval le dieron muerte, y pocos dias despues al único que habia quedado en la Paz. No faltaron á todos los padres vehementes sospechas y aun espresas noticias de lo que tramaban los bárbaros. El padre Clemente Guillen habia avisado como visitador á todos que se retirasen á los Dolores ó á Loreto, y aun despachado una canoa con 17 indios que no llegaron ó

llegaron tarde. Al padre Tamaral dió aviso un soldado de Loreto que vino por aquellos dias á sangrarlo, y aun el mismo padre Carranco le envió algunos indios que de su parte le llamasen á Santiago y le escoltasen en el camino. A estos mensajeros, ya de vuelta, salieron al encuentro los mal contentos preguntándoles donde y á qué habian ido. Respondieron que á Santiago á traer al padre Tamaral, porque ya saben los padres que los quereis matar. Habian ellos siempre pensado comenzar por la mision de S. José por ser la mas remota, y menos defendida; pero con esta noticia mudaron de dictámen, y resolvieron acometer primeramente al padre Carranco, porque ó no se les escapase ó tomase otras providencias que les impidiesen despues la ejecucion. No les fué difícil hacerlo así, por hallarse el padre solo á la hora sin la corta defensa aun de aquellos dos mestizos, que habian salido al monte. Hallábase el padre Lorenzo Carranco hincado de rodillas en su pequeña choza, dando gracias despues de haber dicho misa. Los mensajeros que venian de S. José, ó engañados por los amotinados, ya unidos con ellos, entraron á la pieza, y el padre se levantó pensando viniese con ellos el padre Tamaral: no viéndolo les preguntó si traian carta: entregáronle un billete, y estándolo leyéndolo entraron en tropel los sediciosos, y arrebatándolo en brazos lo sacaron con algazara al campo; dos le tienen de la ropa mientras que los demás, cercándolo por todas partes, le atraviesan con innumerables flechas, pronunciando él incesantemente los nombres dulcísimos de *Jesus y de María*: al ruido y alboroto concurre todo el resto del pueblo. Algunos á la primera vista fueron tocados de la compasion no estando aun pervertidos; pero bien presto, ó por no declararse del partido opuesto, ó porque hallándose sin testigos no tenian que temer, se revistieron como fieras vueltas al bosque de toda su barbaridad. Con piedras y con palos acababan de dar la muerte al sacerdote de Dios: desnudan al venerable cadáver, y vengando en él las reprensiones que el padre les habia hecho de su sensualidad y torpeza, le mofan, escarnecen y profanan con execrables é impuras abominaciones, y despues lo arrojan al fuego. Entre tanto corren otros al despojo de la casa é iglesia, quemando y destrozando los vasos sagrados, cruces, imágenes, misales y cuanto no podia servirles de alimento y vestido. En la casa hallaron llorando á un indiezuelo que acompañaba al padre, y para mas delito lo acabaron á golpes y arrojaron á las llamas. La misma fortuna siguieron poco despues los dos soldados que acaso en esta sazon volvian ignorantes del campo.

Matan los facciosos al padre Lorenzo Carranco.

Concluida esta horrible escena en Santiago, viernes 1.º de octubre de 1734, pasaron los sediciosos á S. José, donde entraron domingo 3 del mismo, consagrado á la solemnidad del Rosario y de especial devoción para el padre Tamaral, que acabada poco ántes la misa se habia retirado á su cuarto. El número de los conjurados se habia ya aumentado considerablemente, y entrando todos cuantos cupieron en la pieza de tropel, comenzaron á pedirle diferentes cosas de las que solia repartirles..... Dame maiz, decia uno, dame sayal, dame un cuchillo, dame una frazada..... El padre, aunque en el aire y tono con que le hablaban y en verlos armados, conoció bien sus malos designios, sin embargo respondió con mansedumbre.... *Esperad, hijos, que como lo haya en casa, os contentaré á todos....* A esta voz, como si fuera la señal de embestir, derriban al padre en el suelo, lo arrastran por los pies fuera de la casa, le tiran muchas flechas, y pareciéndoles tarde aquel género de muerte, lo degüellan, desnudan, y con las mismas inmundicias y vergonzosas obscenidades con que habian escarnecido el cuerpo de su bendito compañero, lo arrojan á la hoguera. La demora de los amotinados en acometer á S. José y celebrar su victoria, salvó la vida al padre *Taraval* que entre tanto, por un indio suyo que se halló en Santiago, tuvo noticia de la muerte del padre Carranco. El padre Sigismundo, aunque envidioso de la suerte de sus dos compañeros, se vió obligado á poner en salvo con sus dos soldados, y así recogidos con cuanta prisa fué posible los ornamentos, vasos y alhajas sagradas, se embarcó la noche del 4 de octubre y pasó á la Paz. No tardaron mucho en caer sobre Santa Rosa, los rebeldes, y hallándose sin la presa que deseaban, quebrantaron su cólera en veintisiete indios de aquel partido, sin mas crimen que el de cristianos y catecúmenos, en que mostraron bien el motivo que les habia inflamado para tan escandalosos atentados, que no era otro que el odio concebido contra los predicadores de la verdad y fé cristiana, y contra todos los que sencillamente la profesaban. El padre visitador Clemente Guillen con estas noticias dió luego cuenta al Exmo. Sr. arzobispo virey, y al padre provincial José Barba; pero estando en la actualidad S. E. I. mal impresionado contra el padre provincial de la Compañía, ni las muertes de los soldados, ni el peligro de los demás misioneros y misiones, ni del real presidio, ni de un reino entero en que los jesuitas habian ya descubierto y conquistado á Dios y al rey mas de doscientas leguas de tierra, fueron motivo suficiente para que se tomase pron-

Los sediciosos matan al padre Tamaral.

ta providencia en favor de la California. Cuanto se pudo conseguir fué (como respondió al padre Guillen)... Que su excelencia concurriria con los padres á dar el informe ó informes que se juzgasen convenientes... esforzando con toda eficacia con él rey todos los medios conducentes al logro de tan grave importancia. §

Estas buenas palabras nada enfrenaban la insolencia y orgullo de los alzados, ni impedian que cundiese el contagio á las demas misiones de la Península. A los primeros indicios de inquietud que se observaron en la mision de Dolores, partió allá el capitán con algunos presidiarios, con ánimo no solo de sossegar aquel partido, sino de pasar adelante ácia el mediodia al castigo de los inquietos; pero habia ya cedido tanto su número y altivez, que los mismos padres, porque no peligrase todo, no le consintieron pasar de allí, mostrándole que harto haria en contener desde aquel punto á los bárbaros y cortarles la comunicacion para que no corrompiesen las demas misiones y rancherías del Norte; mas ni aun esto se pudo conseguir. En S. Ignacio, la mision mas septentrional y mas de doscientas leguas del cabo de S. Lucas, se supieron bien presto las muertes de los padres, y comenzaban ya á sentirse las murmuraciones y quejas sediciosas de algunos mal contentos. De todas partes se ocurrió al real de Loreto pidiendo escolta. El padre Guillen entre tanto ordenó á los padres con precepto que se retirasen todos al presidio donde estarían hasta ver el semblante que tomaban las cosas. Esta orden, ejecutada con habilidad y prudencia, sin que sintiesen cosa alguna los mismos indios, salvó (se puede decir) la cristiandad de Californias. Desamparadas todas las misiones se escribió á México representando el infeliz estado de aquella península; pero esta representacion no tuvo mas efecto que la primera, y el padre provincial se vió obligado á recurrir derechamente al rey como lo hizo por un informe firmado en 26 de abril de 1735. Sin embargo, no eran solas las representaciones de la California y sus misiones las que debieran haber movido al superior gobierno á favorecer aquella casi arruinada conquista. A los principios de este mismo año de 1735 se habia recibido en México carta de D. Máteo de Zu-

Año de 1735.

§ He aquí una respuesta de oráculo, y cual no la daria la Pithia de Delfos para un asunto tan grave como urgente, y que aventuraba no menos que toda la conquista de California... ¡Bien se conoce que el Sr. Bizarrón estaba amordazado con los jesuitas por el pleito de diezmos! ¡Con razon no quiso referirlo el padre Alegre!

malde, general de la nao S. Cristóbal que venia de Filipinas, en que con fecha de 4 de enero informaba al Sr. virey arzobispo, de lo que le habia acaecido en el rio de Sr. S. José, en estos términos.

Informe. „Exmo. Sr.—Habiendo llegado falto de agua, leña y lastre á la costa de California, hice junta de oficiales en que de comun acuerdo se resolvió convenir que llegásemos al rio de S. José, donde no solo podriamos proveernos de lo necesario, sino tambien dejar los gravemente enfermos como lo hizo el año pasado el general D. Gerónimo Montero con especial complacencia del padre ministro de dicho rio, en cuya virtud envié delante la lancha á cargo del piloto tercero para que reconociese y sondease la ensenada. Este al llegar yo, me informó que habia encontrado en la playa crecida porcion de indios, y que uno llamado Gerónimo, el mas ladino, le dijo ser criado del padre y puesto allí para avisarle cuando llegase la nao. Que dicho padre se hallaba ausente veinte leguas de allí; pero que ya habia enviado á avisarle, y que el dicho piloto en esta confianza habia dejado en tierra ocho enfermos que no podian sufrir los golpes de mar por estar muy fuerte la marea. Hice cuanto pude por tomar la ensenada; pero me fué preciso pasar á otra, nueve leguas adelante en el cabo de S. Lucas. Desde aquí envié otra vez la lancha con cuatro hombres, noticiando mi llegada al padre ministro, y suplicándole me remitiese los ocho hombres. A poco rato vinieron dos indios con el ladino Gerónimo, diciendo ser enviados del padre, á ver si el Patache habia dado fondo en aquella ensenada, que por no saberlo de cierto no escribia ni venia á vernos; pero que vendria presto. Con esto se fueron y yo quedé sin la menor sospecha, hasta que viendo la tardanza determiné poner fusileros en tierra para resguardo así de los enfermos que esperaba, como de la gente que estaba haciendo aguada. Al dia siguiente vi venir como seiscientos indios armados de arco y flecha; y aunque al principio discurrí venian acompañando al padre y á mi gente, llegó Gerónimo á bordo y me dijo que aquella tarde estaria allí el padre Tamaral con los doce mios, que ellos venian adelante para ayudar en lo que se ofreciese. Sin embargo de estas razones me pareció conveniente detenerlos á bordo y enviar á tierra otros doce fusileros con órden de que fuesen embarcando y me remitiesen primero los enfermos. Al irlo á ejecutar de ocho indios que detuve á bordo se echaron á nado los cuatro, aunque se cogió á uno. Con este nuevo indicio dí órden que se embarcase toda la gente. Al embarcarse los últimos, die-

ron el alarido los indios disparando un diluvio de flechas, á que se correspondió con varias descargas de fusilería, retirándose al mismo tiempo de la playa donde ya no pudieron ofender las flechas, quedando solo heridos levemente dos marineros. En vista de esto pasé á reconvenir á los presos, de quienes supe como ahora tres meses mataron á los dos padres y los quemaron con las iglesias é imágenes, sin reservar mas que á una muger de un soldado llamado Santiago Villalobos, á una hermana y dos hijas suyas. Que de nuestra gente á los ocho primeros los mataron luego que el navio tiró para la ensenada, y despues á los otros cuatro que encontraron en el camino. A dichos indios inmediatamente les mandé poner prisiones, y traigo conmigo, con ánimo de entregarlos al castellano de este puerto, interin V. E. dispone lo que deba ejecutar con ellos. A bordo del Patache capitana S. Cristóbal, y enero 4 de 1735.—D. Mateo Zumalde.”

Mientras en fuerza de dichos informes se deliberaba en México, llegó á la California un socorro considerable de indios guerreros de la provincia del Yaqui, donde habia ocurrido en necesidad tan urgente el padre Jaime Bravo. Cuando llegó á Loreto este refuerzo habia ya calmado toda la inquietud y borrasca que se temia de las naciones del Norte. Los caciques de Guadalupe, Sta. Rosalía y S. Ignacio, llegando á entender el motivo de la ausencia de los padres y la desconfianza que tenian de su fidelidad, se sintieron altamente, y para prueba de su amor á los padres y de su constancia en la fé, convocándose una á otra las rancherías determinaron venir á Loreto á querrellarse; pero de un modo capaz de dar á conocer su sinceridad y su favor. Tomaron en hombros cuantas cruces hallaron en todas las tres misiones, y caminadas muchas leguas entraron en Loreto, no sin lágrimas de los padres y de cuantos supieron conocer el precio de aquella accion. Protestaron querian vivir y morir en la fé de Jesucristo que les habian enseñado sus padres, y detestaban la infidelidad y apostasia de los coras y pericúes, y que si entre los suyos habia algunos corrompidos con tan pernicioso ejemplo, y que hubiesen pensado imitarlo, ellos con la mayor parte de su gente se obligaban á defender á sus ministros y entregar á los inquietos: que si los padres no querian restituirse á sus tierras ellos venian resueltos á quedarse en Loreto para vivir unidos á sus pastores en paz y cristiandad. Detenidos en Loreto algunos dias, y probada bastante-mente la sinceridad de su propuesta, partieron á los Dolores, y de allí, sosegado en pocos dias aquel partido, á la Paz, parte por mar con los

viveres, parte por tierra. Los de mar que llegaron primero fueron acometidos varias veces de noche por los sediciosos, sin mas daño que algunas ligeras heridas de una y otra parte. Estas escaramuzas cesaron con el arribo de la gente de tierra. Los mal contentos desaparecieron enteramente, y de los que por temor ó por fuerza habian entrado en su partido vinieron muchos voluntariamente á entregarse. Poco despues, por órden del Sr. virey arzobispo, pasó á la California con buen número de tropas el gobernador de Sinaloa, llevando en su compañía al padre Ignacio *Napoli* que por haber sido el primer fundador de la mision de Santiago, acaso se creyó podia ser mas fácilmente admitido de los coras para negociaciones de Paz. El padre *Napoli* cumplió un año en California, y el gobernador gastó dos en viages y negociaciones inútiles por no querer adherir al dictámen de los padres y del antiguo y experimentado capitan del real presidio de Loreto.

El colegio del Espíritu Santo de Puebla perdió este año en el padre Pedro Zorrilla un gran ejemplar del desengaño del mundo y religiosa perfeccion. Nació el padre en Guanajuato, y se crió en Celaya con una circunspeccion y madurez envidiable aun en mayores años. Se hizo bien conocer desde entonces la grandeza de su ánimo de un modo singular. Ayudaba á misa, como lo tenia de costumbre, cuando le llegó la noticia de la muerte de su noble padre. El virtuoso niño sin señal alguna de turbacion ó de inquietud prosiguió su ministerio hasta concluirse el santo sacrificio. El lugar de su padre lo suplió, con exceso, el amparo y proteccion del Illmo. Sr. D. Manuel Fernandez de Santa Cruz, en cuyo palacio, que era un monasterio, perfeccionó sus estudios. Obtuvo, sin pretenderlo, una prebenda de la santa iglesia catedral de México que gozó poco tiempo, renunciando este y los demas honrosos puestos que le prometia su nobleza, su literatura y su virtud por servir á Dios en la Compañía. Gobernó varios colegios con opinion singular de prudencia, haciéndose amable á todos en medio de la vigilancia y austeridad á que cuasi naturalmente lo conducia su educacion y su génio. En el colegio real de S. Ildefonso fabricó sin mas fondos que su confianza, vivienda aparte para los colegiales gramáticos que consagró á nuestra Sra. del Rosario, † y en el colegio del Espíritu Santo emprendió la utilísima obra de la casa de ejercicios, la primera que hubo en América. Fué observantísimo de las reglas y distribucion regular, sin dispensarse de las mas menudas, aun despues de

Muerte del padre Zorrilla que fabricó el colegio chico de S. Ildefonso de México, y la casa de ejercicios en Puebla.

* Existe aun en la puerta del colegio, la imagen de N. Sra. del Rosario de tecali.

haber obtenido los primeros cargos. Probóle Dios toda su vida con feisimas y horribles tentaciones, singularmente contra la castidad, la fé y la esperanza, y fueron premio de sus victorias, los singulares dones y luces del cielo con que tal vez conoció y reveló los sucesos ficticios y los secretos del corazon. Entre otros predijo en términos formales al padre Lorenzo Carranco la muerte por Jesucristo que le esperaba en California. Murió el padre Pedro Zorrilla el día 15 de junio de 1735.

Por marzo del siguiente año de 1736 acabó su carrera en el colegio de S. Gregorio el padre Juan de *Gumesbac*, natural de Colonia y de una senatoria nobilísima, familia ilustre, que procuró siempre ocultar con su humildad, aunque lo manifestaba bastantemente la generosidad de su espíritu. Desde los primeros pasos de su vida apostólica en la navegacion de Ostende á Cadiz, antes en Bruselas, y despues en Sevilla, donde le fué preciso detenerse: antes de entrambos viages mostró bien el zelo ardiente de la salvacion de las almas que le habia sacado del seno de su pátria, visitando cárceles, hospitales, y predicando y exhortando á los marineros á la confesion y frecuencia de sacramentos. Llegado á México y concluidos sus estudios se dedicó enteramente al cultivo de los indios en el Seminario de S. Gregorio. Era incansable en el confesonario y en procurarles socorros singularmente á los indios, que peligraban por su pobreza. Consiguió asegurar la virginidad de muchas en el convento de *Corpus Cristi*, y á otras mantenía con no pocas fatigas de todo lo necesario para apartarlas de las ofensas de Dios. Entre estas y otras muchas obras de caridad con aquellas pobres gentes, sin descuidarse jamás de sí mismo en la práctica de las religiosas virtudes, falleció á 30 de marzo. Ya por este tiempo desde 24 del antecedente mes de febrero habia entrado en el gobierno de la provincia el padre Antonio de Peralta; su gobierno duró apenas pocos meses: emprendió por octubre la primera visita de la provincia en que á 29 del mismo le cortó la muerte los pasos en el colegio de Pátzquaro. Llegó á México esta noticia el día 3 de noviembre, y juntos los padres consultores para abrir el pliego *casu mortis*, se halló nombrado provincial el padre Juan Antonio de *Oviedo*. Un hombre tan caritativo, tan dedicado á los ministerios en todo género de ocupaciones y tan compasivo con los pobres, necesitaban los operarios de la Compañía tener á su frente para emprender y animarse mutuamente al trabajo en la horrible epidemia con que quiso Dios afligir por entonces este reino. Ha-

Año de 1736.

Entra en el gobierno de la provincia por muerte del P. Peralta el P. Oviedo.

1737. Epidemia en México.

bíase comenzado á sentir poco tiempo antes, en el mes de agosto, en el obrage de un pueblo de indios llamado *Mircoac*, cercano á México, de donde pasó á esta ciudad á fines de noviembre. A juicio de los inteligentes era la misma especie de enfermedad que luego recien llegada la Compañía á Nueva-España, por los años de 1575 y 76, habia asolado este pais. Un vehemente frio y temblor en todo el cuerpo, un fuerte dolor de la cabeza y estómago, una calentura ardiente y un flujo de sangre por las narices que era el término de la vida; he aquí los síntomas de la epidemia desoladora. La poca cautela y desabrigo de los pobres, los esponian mas abiertamente á los estragos de esta dolencia, que ya á fines de diciembre habia tomado un gran cuerpo. Habian precedido no pocas señales que tenian harto consternados los ánimos. Temblor de tierra el dia 7 de setiembre de 36, eclipse de luna en la conjuncion del mismo mes, y luego mas horrible del sol á 1.º de febrero de 1737. Extraordinarias lluvias á fines de otoño, muchas y muy frecuentes exhalaciones nocturnas, huracanes fuertísimos por el mes de diciembre, y tal cual singular aspecto de estrellas que no faltó profesor de astronomía que juzgase ser cometa. Sin embargo, no se tomaba aun de la ciudad providencia alguna hasta que la frecuencia de viáticos y de entierros, la falta de operarios en las fábricas y de los indios en todos los diversos ministerios que por la mayor parte ellos solos ejercian en la ciudad, hizo conocer el estrago. A estas primeras noticias el Sr. arzobispo virey D. J. Antonio Bizarron, consultado el real protomedicato, proveyó por su decreto de 2 de enero que se señalasen (como se ejecutó) cuatro médicos y seis boticas en que se diese á los pobres gratuitamente á costa de su Illma. lo que necesitasen para su curacion, cuyo costo solo en cinco meses montó á 35327 pesos, cantidad que solo bastaria á inmortalizar el nombre de este pastor * y padre de la república. Esta providencia hubo de reformarse á fines de mayo por no parecer ya tan necesaria, y mas aun, porque se creyó ser la causa de difundirse mas el contagio, no recogién-dose por este motivo los enfermos á hospitales de los muchos que hay y habia por entonces y que se aumentaron en la ciudad.

Nueve para divesos géneros de enfermedades se cuentan en México; pero no bastando todos para la única que entonces asolaba la ciudad,

† Este es mucho costo ciertamente; entiendo que la mayor parte de las medicinas seria agua de borrajas con jarabe de claveles: sin duda metieron los boticarios el buen dia en casa. Es gente por lo comun muy poco caritativa.—B.

Descubrese el carácter de esta epidemia

3071 35 054

En la no

de la

provincia

del T.

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

de la

se añadia con otros seis con que quiso el Señor servirse del celo, fervor y actividad del padre Juan Martinez, solícito operario del colegio máximo de S. Pedro y S. Pablo. Consiguió primeramente del Sr. Arzobispo dos mil pesos en reales que se repartieron á los pobres por medio de los padres de dicho colegio; pero como de esta limosna viesse que la mayor parte cedia mas en alivio de la pobreza que de las enfermedades, determinó pedir limosna cuasi de puerta en puerta para erigir en hospitales algunas casas en los barrios mas apartados, donde era mayor el desamparo y la necesidad de los enfermos. Cooperó Dios á sus caritativos designios con tanta abundancia, que un pobre jesuita sin mas caudal que su misericordia levantó tres hospitales, uno frente á la parroquia de S. Sebastian, otro en el Hornillo que corrian enteramente por su cuenta, y el tercero en el barrio de Santa Catarina Mártir, en que tuvo mucha parte D. Vicente Rebechi, á quien pidió el padre la que tenia destinada para plaza de gallos. El caritativo caballero no solo la ofreció gustosamente, sino tambien lo necesario para medicinas, abrigo y sustento de los enfermos, y aun su misma persona para la asistencia y curacion de ellos. En estos tres hospitales empleó el padre Juan Martinez muchos miles que con increíble liberalidad le suministraban el Sr. arzobispo, la nobilísima ciudad, el consulado, y muchas piadosas personas, en que tenian no poca parte, el colegio de México, tanto en reales como en pan, carne, frazadas y otros alivios de comun necesidad. Al cuidado de lo temporal añadia el padre el mas importante de las almas; bien que en esto no le cedia algun otro de sus hermanos. Todos los sacerdotes de los cuatro colegios de México corrian incesantemente las calles acompañados de innumerable tropa de los que llamaban para confesiones entre las bendiciones de los desvalidos, y de todos los vecinos, encantados de ver un ejemplo de tanta caridad. Los mas no volvian en todo el dia al colegio, ó solo era para tomar un breve alimento. El padre provincial era el primero. No habia hora tan incómoda, lugar tan distante, pieza tan hedionda, enfermo tan asqueroso, no habia ocupacion que los apartase de estos oficios para con sus afligidos prójimos. Fuera de los tres hospitales en que llevaban solos todo el peso, asistian igualmente en todos los demas de la ciudad, en todos los barrios, en todas las plazas y calles donde se encontraban á cada paso los enfermos y moribundos. El hospital de S. Lázaro, que de una particular enfermedad destinó en este tiempo á la necesidad presente el zelo de su prior fray José Pelaez, lo habilitó en gran parte

de lo temporal el padre Nicolás de Segura, prefecto entonces de la congregación de la Purísima, y lo asistió enteramente en lo espiritual con algunos de sus congregantes sacerdotes y muchos de los jesuitas. En los barrios no solo eran confesores los padres, sino también párrocos, administrando todos los sacramentos por facultad que había para ello concedido el Illmo.

Fuera necesaria una historia aparte para referir, ó las cuantiosísimas limosnas, ó las acciones de heroica caridad que entónces se practicaron en México. Las personas más distinguidas del cabildo eclesiástico y secular, real audiencia y demás tribunales; salían por las calles acompañados de sus criados y pages á repartir el sustento, el vestido, las medicinas á los pobres, asistir á su Viático, á recoger los tristes infantes, que tal vez desamparados, se hallaban solos en las casas difuntos ya todos los demás moradores; á juntar en carros la multitud de cadáveres, porque no bastando las muchas iglesias de la ciudad y sus cementerios, se abrieron largas y profundas zanjas en el de S. Lázaro y otros barrios. Se hizo muy de notar la piedad y fervor de algunas nobles señoras, que deponiendo toda la delicadeza propia de su sexo y educación, se repartieron por los hospitales, singularmente en el de Santa Catarina y puente de la Teaj, á servir personalmente á los apóstados, y no menos la del ilustre conde de Santiago D. Juan de Velasco Altamirano, que en todo el tiempo de la epidemia gobernó siempre el coche en que salía de la catedral el Augustísimo Sacramento, devoción en que se ha señalado su nobilísima casa, y motivo piadoso que lo conducía también á visitar las humildes chozas de los enfermos y remediar sus necesidades. ¿Quién podrá referir el ardor con que los párrocos y ministros de las iglesias y todos los órdenes religiosos sacrificando sus vidas se consagraron enteramente al socorro de los pobres? Los espectáculos lastimosos que les quebraban el corazón á cada paso en la hambre, desnudez, en el desamparo de los miserables que á cielo descubierto muchas veces, y á las orillas de las acéquias, ó confundidos los sanos con los enfermos, y los enfermos con los muertos en poqueñísimas piezas acababan finalmente todos al rigor de la fiebre? El trabajo que para confesarlos y administrarlos era menester por la estrechez de la habitación ó por la cualidad de los enfermos? A pesar de tan continuas y horribles fatigas, ni del cuidado de la propia vida, ni del alimento, ni del vestido, ni del sueño, ni del descanso, parece que se acordaban los celosísimos obre-

ros, únicamente ocupados en llevar á los graneros del cielo la miez copiosísima de que se les llenaban las manos. Tantos pecadores envejecidos en la maldad é ignorancia, muchos que jamás se habían confesado, muchísimos pue en largo tiempo no lo habían hecho, innumerables de confesiones nulas y sacrilegas, á quienes el desengaño, el peligro ó la exhortación hacia abrir los ojos; supersticiones, errores, idolatrías, ocasiones presentes, tal vez en el mismo lecho, que era menester desarraigar, haciendas, créditos que era forzoso restituir, matrimonios inválidos, tratos iníquos que era preciso deshacer, ocupaciones todas que tal vez necesitan el estudio y diligencias de muchos días, y á que por necesidad se debía dar entónces un pronto espediente.

Entre tanto, no bastando la profusión de los caudales en limosnas, las precauciones de los magistrados, ni la pericia de los médicos para atajar el contagio que cada día cobraba nuevas fuerzas; viéndose las plazas, calles, oficinas, los caminos en un triste silencio, desamparados los barrios, cerradas ó solitarias las casas, se hacían por todos los templos oraciones, plegarias, procesiones, novenas, y todo género de piadosos obsequios para aplacar la ira del cielo. Con la experiencia de diez años ántes en el zarampion, se ocurrió desde luego á la Santísima Virgen en su milagrosa advocación de *Loreto*, se llevó en solemne procesión á la Casa Profesa á petición de la ciudad: se le cantó un novenario de misas: lo mismo se hizo despues con la santa imagen de los Remedios, cuyo amparo ha experimentado tantas veces esta ciudad desde el tiempo de su conquista. No quedó santuario ni devota imagen, á que pública ó privadamente las comunidades religiosas, cofradías ó gremios, no repitiesen muchas veces sus ruegos y oraciones. Lo mismo que en México se practicaba en Querétaro, Celaya, Toluca, Cholula, Tlaxcala, y casi todas las ciudades y pueblos de Nueva-España, donde fué el mismo rigor de la peste, la misma vigilancia en los pastores y magistrados, la misma caridad en los vecinos, y la misma actividad y fervor en los operarios. Sin embargo, se reservaba el Señor esta gloria para su Santísima Madre en la milagrosa imagen de Guadalupe (de Tepeyac) á cuyo amparo quería que se pusiese todo el reino. Bien presente había tenido la ciudad este uso desde los principios de la epidemia, y así en cabildo que se tuvo á 23 de enero con el ejemplar de lo acaecido en la última inundación del año de 1629 en que el Illmo. Sr. D. Francisco Manzo y Zuñiga resolvió traer, y trajo efectivamente á México la sagrada imagen, se determinó

pedir para el mismo efecto la venia del Illmo. y Exmo. Sr. Bizarron. No faltó quien en el mismo cabildo impugnase como temeraria esta resolucion, persuadiendo á que se jurase la Señora principal patrona de la ciudad en aquella maravillosa advocacion. Pasó la consulta á S. E. I., quien respondió con este memorable decreto. „México y enero 25 de 1737.—Sin embargo de que debo y doy muchas gracias á la nobilísima ciudad por la proposicion que su celo fomenta en la presente consulta, es tanta la importancia de un movimiento tan respetable, que no determinándome á conformarme, ni á contravenir en accion que no consta haberse practicado jamás en necesidades de México aun mas apretadas que la presente; debo, sí, excitar la piedad de su ayuntamiento á proponer alguna plegaria ó novenario, ú otro pio y deprecativo medio á obligar á la divina misericordia con la interposicion de la Santísima Virgen, ejecutándolo en su Santuario de Guadalupe, refugio preciso como nacido de Nueva-España y de esta capital.”

Hízose por entónces el solemne novenario, repartiendo entre sí los dias el cabildo eclesiástico y sagradas religiones; pero no descaeciendo un punto la fuerza del contagio, en cabildo de 11 de febrero se trató de fomentar aquel pensamiento de jurarla patrona. Para este efecto se nombraron dos comisarios, y otros dos por su parte el cabildo eclesiástico, á que accediendo la autoridad del Sr. arzobispo virey, se procedió á la eleccion por el cabildo secular en 28 de marzo y por el eclesiástico en 2 de abril, la que vista por S. E. I. con la respuesta fiscal de 24 de abril, dijo: „Que aprobaba y aprobó en cuanto ha lugar, y con sumision á la sagrada congregacion de ritos y arreglamiento á sus decretos, la eleccion de patrona principal de esta ciudad de México en nuestra Señora bajo el milagroso título de *Guadalupe*, y en su consecuencia asignaba el dia sábado que se contará 27 del corriente, para que á las diez horas de la mañana en la real capilla de este palacio comparezcan los diputados de uno y otro cabildo eclesiástico y secular á hacer ante S. E. I. el juramento acostumbrado,” como efectivamente se practicó con increíble regocijo de toda la ciudad el 26 de mayo. †

Parece que el ángel exterminador no esperaba mas que esta resolu-

Jura México por patrona principal á N. Sra. de Guadalupe en 26 de mayo de 1737.

† Infírese de lo referido por el padre Alegre, que aunque el juramento se pres-
tó por los comisionados de ambas corporaciones en representacion del pueblo y cle-
ro, á este acto Augusto no se le dió la debida solemnidad sino hasta el dia 26 de
mayo. Seria de desear que refiriese las solemnidades que se hicieron en dicho dia.

cion para envainar la espada que habia acabado con tantas vidas. Desde que se comenzó á tratar con calor de dicho patronato, comenzó á disminuir el número de los muertos, que en 25 de mayo, víspera de la solemne jura, no se enterraron sino tres cadáveres en el campo santo de S. Lázaro donde diariamente pasaban antes de *cuarenta y cincuenta*. El número de difuntos en sola la ciudad de México debia haber pasado de *cuarenta mil*, aunque en la gaceta de aquel año solo *treinta mil* se pusieron. Los cuarenta mil solo se ajustaron sobre un cálculo prudencial que quizá se hallará muy corto, sabiendo que la Puebla, ciudad menos populosa de indios, donde se ajustó con mas exactitud, pasaron de *cincuenta mil*, y de veinte mil en Querétaro con los de los pueblos y haciendas vecinas. De nuestros operarios cuasi todos enfermaron; pero satisfecho el Señor con la resignacion y fervor con que desde el principio del mal habian todos sacrificado sus vidas, se contentó con algunas pocas víctimas. El padre Juan Martinez, de quien arriba hemos hablado, y que con tan singular fervor se aplicó al servicio de los apestados, fue el primero que consumó su sacrificio en 25 de marzo. Siguióle en 12 de abril el padre *Francisco María Carboni*. En Querétaro el hermano *Francisco de Haro*, coadjutor temporal, que acompañando á los padres de aquel colegio y asistiendo á los enfermos en el hospital de que la Compañía se hizo cargo, y en que cuasi sin interrupcion trabajó mes y medio, falleció despues de una vida ejemplar el dia 4 de noviembre. En Leon acabó gloriosamente en este mismo piadoso ministerio el padre *Manuel Alvarez de Lara*, primer superior de aquella residencia, varon muy digno de singular memoria por sus religiosas virtudes, observancia regular, zelo insaciable y constancia en los ministerios de confesonario y púlpito, de quien dura en aquella villa el sentimiento de su pérdida. Murió el dia 24 de enero. En la Puebla acabaron heridos del contagio el padre *Juan de la Parra*, el padre *José Arriola*, el padre *Manuel Guerrero*, el padre *Joaquín de Villalobos*, el padre *José Montes* y el padre *José Rioseco*, insinges operarios, los mas de ellos venerables por su ancianidad, literatura, prela-
cías, y por los cargos que actualmente ejercian en diferentes honrosas prefecturas y trabajos pasados en las misiones de gentiles. Sobresalió, sin embargo, entre todos el fervoroso *padre de pobres* y zelosísimo obrero de indios *Juan Tello de Siles*. Cuidó por 39 años, casi sin intermision, del pasto espiritual de los indios en la capilla de *S. Miguel*. Recorrió en frecuentes misiones varias veces el vastísimo obispado de